

Humanitas

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos
de la Universidad Autónoma de Nuevo León

2009

Año 35 Vol. II

Ciencias Sociales





Rector

José Antonio González Treviño

Secretario General

Jesús Áncer Rodríguez

Secretario de Extensión y Cultura

Rogelio Villarreal Elizondo

Centro de Estudios Humanísticos

Alfonso Rangel Guerra

Anuario *Humanitas* es una publicación trimestral de humanidades editada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Certificado de Licitud de Título y Contenido número 04-2007-070213552900-102. Oficina: Edificio de la Biblioteca Universitaria "Raúl Rangel Frías", avenida Alfonso Reyes 4000 Nte. Primer piso, C.P. 64440, Monterrey, N. L. México. Teléfono y fax (81) 83 29 40 66. Domicilio electrónico: cesthuma@mail.uanl.mx. Apartado postal No. 138, Suc. F. Cd. Universitaria, San Nicolás de los Garza, N. L. México. Edición: Francisco Ruiz Solís. Portada: Cinthia Pérez.

HUMANITAS

ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA UNIVER-
SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Dr. Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Lic. Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

M. A. Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Dra. Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Lic. Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Profr. Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2009

**CIENCIAS
SOCIALES**

LA IDENTIDAD CUESTIONADA

María Inés Pérez Lubrina*

COMENZARÉ CITANDO UNA FRASE de una canción que, me parece, resume el asunto que nos ocupa. Dice así:

“¡...tanta belleza. ¿Porqué ese cielo azul no es cielo... ni es azul?...” Cualquiera de nosotros que cuestione en la calle a quien sea sobre qué es lo que ve cuando eleva su mirada al aire en un día soleado y despejado podrá decir que es un cielo azul. Realidad incontestable que es al mismo tiempo una realidad compartida, el consenso grupal y social no hará más que validar ese nivel “real” de la experiencia.

Sin embargo, como dice la canción: “no es cielo... ni es azul”, es una ilusión óptica que aunque carece de consistencia física y cromática, todos compartimos como una percepción real, no alucinada.

Algo de ese orden de realidad e ilusión encuentro en la constitución de un bien tan preciado para el ser humano como es la idea y la experiencia de la identidad, cuestión que comienza a elaborarse muy tempranamente alrededor de la imagen que cada uno tenemos de nosotros mismos.

*Psicóloga y psicoterapeuta, perteneciente a la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis.

Para fundamentar esta afirmación es necesario que nos acerquemos a rodear la cuestión del significado de la imagen para el ser humano. El psicoanálisis me servirá de instrumento para este rodeo. Y como campo de aplicación podemos utilizar los múltiples ejemplos que nos ofrece el arte y, en particular, la pintura.

Sobre esta cuestión del psicoanálisis y su relación con el arte me es preciso señalar, y muy a mi pesar, que con bastante frecuencia, el llamado psicoanálisis del arte no está a la altura de su tema. En muchas ocasiones no representa beneficio para el arte, en especial si cae en la interpretación punto a punto entre la obra y la vida del artista, si cae por lo tanto en la tentación de la hermenéutica clínica.

Lacan se pronunciaba sobre esa relación, psicoanálisis – arte, planteándola en términos de dependencia del primero hacia el segundo, para ello había seguido el consejo de Freud quien opinaba que en su materia, el arte y también la vida, el artista siempre precede al psicoanalista. Hay, por tanto que aprender allí donde el artista abre la vía. O sea, en relación a la pintura, el psicoanalista lejos de darle lecciones se deja enseñar por ella. No interpreta, por tanto, los fantasmas del artista sino que separa de la pintura los elementos estructurales propios para trabajarlos en su campo, el del psicoanálisis.

Y esto es así porque la pintura abre el camino donde el dominio de la visión, o sea el campo de la pulsión escópica, se halla integrado al registro del deseo. Esto ocurre desde mucho antes que el psicoanálisis - la historia de la pintura lo muestra- se planteara desentrañar la cuestión del deseo en el ser humano.

Regresando a la cuestión de la imagen y específicamente a la imagen de sí mismo, o sea la imagen de cada uno de nosotros: ¡qué deliciosa esclavitud, qué preocupante felicidad y, sobre todo, qué carga nos significa esa imagen! Pero también ¡qué angustia si imaginamos solo por un instante que puede dejarnos! Los moralistas no han dejado de vilipendiar el amor que se le tiene ni los escritores de detallar el odio que se le profesa. Siempre está allí como algo que se pega a la piel, pero que está en otro lado que el cuerpo mismo y la piel que lo rodea.

Esta manera consensual de vivir y experimentar la imagen de sí ha gozado desde siempre de una fuerte estabilidad, estabilidad que solamente ha sido rota por efectos de fracturas excepcionales, tanto sea en la experiencia individual (los llamados estados paranormales, cualquiera sea la causa que los provoque), como en la representación social de la imagen humana.

En esta dimensión, la de la representación social de la imagen, muchas de las fracturas que la han conmovido han provenido del arte, en especial de la pintura, por ejemplo la referencia a la obra de Picasso y a la escuela de cubismo que desestructuró la imagen “natural” del ser humano, aparece aquí como inevitable, por no mencionar tantas otras que han significado momentos de ruptura y descomposición sobre el tema de la imagen humana en la historia de la pintura.

Apuntando a comprender el desarrollo de la imagen de sí y el fruto que de ella se desprende que, de manera provisoria, podemos plantear como la sensación y experiencia de **uno mismo**, de la propia **identidad**, me referiré al aporte lacaniano que ha quedado documentado en la historia del psicoanálisis como el **estadio del espejo**. Si bien fue Freud quien iluminó inicialmente la cuestión del narcisismo, fue Lacan quien ubicó en la imagen especular el objeto del amor a uno mismo.

El **estadio del espejo** es una experiencia, una experiencia de descubrimiento, que el niño tiene, entre los seis y los dieciocho meses, cuando descubre “su” imagen en un espejo. Frente a la imagen de él mismo que se refleja en un espejo da muestras, primero, de una mímica de intuición iluminativa y luego, de júbilo (lo cual no se observa en los monos) con gran derroche de energía que muestra un sentimiento de triunfo. Hay por tanto una “anticipación jubilosa” de sí mismo a través de la imagen, diría Lacan.

Es un acontecimiento que realiza por un lado una identificación primaria, es decir, una transformación del sujeto y también por otro lado significa un cambio en las relaciones del individuo con su semejante.

Tratando de trabajar con más detalle estos dos efectos, la

transformación del sujeto y el cambio en su relación con su semejante, diré que en relación al primero o sea el cambio en el sujeto mismo, aquí tiene lugar una identificación primaria y la imagen que se alcanza por la vía del espejo anticipa la unidad y el control de la motricidad efectiva del cuerpo, unidad que un niño de esas edades aún no posee. El cuerpo había sido experimentado hasta ese momento como fragmentado, en pedazos, y la imagen reflejada en el espejo le otorga al niño ahora, súbitamente, una forma, una forma plena en el sentido de una Gestalt. Dado que lo que ocurre en el plano biológico es aún el inacabamiento anatómico de las funciones piramidales que producen incoordinación motriz, es gracias a la imagen en el espejo que el niño se desliza de la insuficiencia a la anticipación gozosa de una unidad y al sentimiento de poderío y control que ello le provoca. De allí se derivará la primera matriz del yo en el ser humano.

Esta anticipación constitutiva del yo invierte en el espejo la izquierda y la derecha y lo aliena en una imagen que es algo exterior a él. De este modo, el sujeto anticipa en un espejismo la maduración de su poder y su yo se constituye, por lo tanto, como una ficción.

Pero aquí hay algo muy interesante que se agrega y aparece por la vía del segundo de los efectos que he mencionado y que tiene que ver con la relación del niño con su semejante. Y es el hecho de que sucede comúnmente que, frente al espejo, en ocasión de su experiencia singular, cada niño se vuelva hacia aquél o aquella que lo sostiene buscando un instante su mirada. O sea, este giro de la cabeza del niño nos instala en la problemática del **asentimiento** a través del dibujo de un trayecto de las miradas, esencial para la aparición de la imagen especular en forma de yo. Es en la mirada del adulto, parental o no, que con una sonrisa confirma al niño que sí, ése es él, donde se juega no solamente la génesis de la unidad corporal en contraposición a la experiencia de un cuerpo percibido en pedazos del cual hasta entonces el rostro, por ejemplo, quedaba excluido, sino también el comienzo del sentimiento humano de lo **uno, lo indivisible, la identidad** más básica.

Lacan lo describirá con estas palabras: “Ejemplifiquemos esto

(la intervención del Otro en esa constitución) en un gesto del niño delante del espejo, gesto que es bien conocido y que no es difícil de observar. El niño que está en los brazos del adulto es confrontado expresamente a su imagen. Al adulto, lo comprenda o no, esto le divierte. Hay que dar toda su importancia a ese gesto de la cabeza del niño quien, incluso después de haber sido cautivado por los primeros esbozos de juego que hace frente de su propia imagen, se vuelve hacia el adulto que lo sostiene, sin que se pueda decir sin dudas si lo que espera es del orden de un acuerdo o de un testimonio, pero la referencia al Otro juega allí una función esencial.” (Seminario La transferencia, 1961).

Extraña paradoja: lo que se considera más interior y más propio, el yo, proviene de afuera, lo que es uno mismo depende de la alteridad, del Otro. El Otro, el semejante, realiza esta función donde se juega la cuestión del deseo, a partir de allí el sujeto humano dependerá de ese asentimiento deseante, de esa confirmación que da el Otro, para reconocerse como tal y la falta de esa experiencia, la de ser bañado por la mirada deseante de otro, quedará registrada en los serios trastornos del desarrollo de los niños que padecen esa falta. Concluimos, entonces, en la necesidad presente en el ser humano de ir hacia el otro, al semejante, para fabricar la unidad imprevista de sí mismo allí donde no estaba.

Por esa operación, lo que no tiene, de sí mismo, ninguna unidad ni identidad, se encuentra enganchado a la imagen dispensadora de unidad por un lado, y a una mirada dispensadora de asentimiento por el otro. Este aparato, esta máquina que fabrica, se encuentra a partir de allí atenazada entre dos tipos de unidad: 1.- la de la imagen, unidad englobante que, como toda Gestalt necesita un borde cerrado de una manera u otra; y 2.- la del asentimiento que tiene la naturaleza del rasgo simple e indivisible. No hay partes o trozos de asentimiento, éste se da, se encuentra, o no.

El gesto del niño que, en su momento de júbilo ante el espejo, se vuelve hacia aquél o aquella que lo sujeta, solicitando su mirada, es el signo de la presencia del Otro. El signo de la mirada del Otro es constitutivo del **rasgo unario**, llamado también **rasgo único**,

soporte del ideal del yo. El gran Otro va a decir, en el interior de la tensión que se produce entre la imagen en el espejo y lo que se asume en el espejo, dónde está la imagen y dónde está lo que no es imagen. Hay con eso posibilidad de distinguir el ideal del yo y el yo ideal. El primero es una introyección simbólica mientras que el segundo es la fuente de una proyección imaginaria. O sea, esto es otra manera de plantear lo que Freud estableció al relacionar el narcisismo pulsional con el yo ideal y las ramificaciones de la incorporación superyoica con el Ideal del yo.

Cito otra vez a Lacan: “En esta relación erótica en que el individuo humano se fija en una imagen que lo enajena a sí mismo, tal es la energía y tal es la forma de donde se toma su origen esa organización pasional a la que llamará su yo” (Escritos).

Esta organización pasional proviene de la **relación** establecida entre el individuo y esa imagen. El yo no viene ni de la imagen ni del individuo, sino de la **tensión** instalada entre los dos por la identificación.

Para que lo que pasa sea captado como un acontecimiento especial, es necesario convencerse que ni la imagen del cuerpo, ni el cuerpo llamado “propio” poseen individualidades previas. O sea, para comprender **el estadio del espejo** debemos desprendernos de la convicción básica según la cual todo cuerpo humano posee por **sí mismo** una cierta individuación. De este modo abandonamos el lugar de observador inocente a quien le serían dados, en individualidades perfectamente reconocibles, la imagen en el espejo por un lado y el cuerpo propio. Sin este movimiento no podremos apreciar en qué y cómo ese cuerpo adquiere su individuación a través de ese episodio constitutivo para el ser humano.

Hay a partir de esto la posibilidad de entender la aparición por un lado de un **yo especular**, por otro de un **yo social**, asociado a la mirada del otro y a su deseo como sostenimiento y finalmente, de un **yo gramatical**, el yo del que todos hablamos y que emerge en el lenguaje infantil luego de desplazar a la tercera persona con la que el niño se designa inicialmente. Vale aquí aclarar que no hay una adquisición progresiva o diferenciada de estos tres aspectos del yo,

sino que todos al unísono aparecen como resultado de la experiencia de pasaje por el **estadio del espejo**.

Ese nudo de servidumbre imaginaria, como Lacan llama al resultado de esta experiencia, le hará cambiar las bases del enunciado de Descartes: “**pienso, luego existo**”, *cogito, ergo sum* por el cual el filósofo se planteaba la existencia y la identidad del yo que, de ese modo, giraban alrededor de la racionalidad y la conciencia, para ponerlo de cabeza y enunciarlo como: “**pienso donde no estoy, soy donde no pienso**”. De este modo la identidad entendida tradicionalmente es cuestionada fuertemente en esta proposición lo que nos lleva a partir de ahí a la formulación de un sujeto radicalmente dividido: un sujeto de la conciencia y un sujeto del inconciente; un sujeto de la racionalidad y un sujeto del deseo.

Esa imagen propia, siempre indispensable para nosotros y para nuestra cordura, acompañante de nuestras más fuertes certidumbres, esa donde nos creemos siendo original y esencialmente propios y únicos, está siempre desdibujada en cierto modo porque en realidad es un desconocimiento producto de una ilusión de completud óptica y está siempre amenazada por la posibilidad de no asentimiento, de no reafirmación si no hay alguien que nos sostenga con su propia mirada. Una mirada que nos desee en algún sentido.

Hace unos días escuche decir a una artista que los pintores representaban en sus pinturas lo que no se podía ver. Parece una definición críptica, extraña. ¿Cómo, si de lo que se trata en la pintura es de ver, de ver con los ojos, cómo entonces es que la cuestión es la representación de lo que no se puede ver? Otra vez aquí estamos en la posición de discípulos siguiendo a los artistas que nos iluminan con su acto, con sus obras en acto, lo que otros tratamos de comprender de modos más teóricos o conceptuales. Se trataría entonces para el artista de representar lo que no se ve, lo que está oculto detrás de la imagen evidente. De hacer pasar lo que se sugiere aún cuando las imágenes se presenten por la vía del realismo o del hiperrealismo, porque aún en estos casos siempre hay una cierta atmósfera que cada pintor trasmite al espectador y hace que éste se pregunte por lo que está viendo, aunque no tenga dudas, en otro

sentido, de qué es lo que está viendo.

Y se trata, justamente, de perderse, de dejar caer las identidades establecidas, formalizadas por la imagen definida, para que pueda aparecer la identidad del deseo de quien está metido en el acto pasional de pintar, en este caso.

He tratado hasta aquí de problematizar el concepto de identidad, concepto tan querido para la psicología, a través de la problematización de la constitución y de la percepción de la imagen humana y del concepto mismo del yo, introduciendo todo el tiempo un punto de fuga entre lo visual y lo esencial que nos permita pensar que, tratándose de lo humano, de la identidad y del deseo, las cosas nunca son sencillas ni definidas.